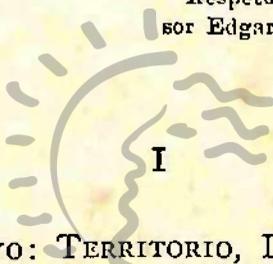




La Civilización de los Inkas.

Respetuosamente dedicado al Profesor Edgar L. Hewett.



TAWANTIN SUYO: TERRITORIO, LÍMITES, REGIONES
NATURALES.

Biblioteca de Letras

Jorge Puccinelli Converso

A principios del siglo XVI el Tawantin Suyo ó Imperio de los Inkas era la Nación más importante de Sudamérica por su notable civilización y por su vasto dominio territorial. Comprendía gran parte del sistema montuoso de los Andes, desde los 2° al N. del Ecuador hasta los 35° 20' S., y desde el Océano Pacífico hasta la frontera de la llanura florestal amazónica. -

La información de los escritores de Indias acerca del área geográfica del Imperio es contradictoria; sin embargo, la mayoría señala como límite septentrional el río Ancasmayo, pequeño afluente del Patía, y como límite meridional el río Maule. Ambos límites, así como el oriental, debieron ser inestables á causa de los conflictos territoriales habidos entre los Inkas y las naciones y tribus limítrofes.

Si se tiene en cuenta el carácter montuoso de este territorio, la semejanza de sus condiciones físicas y biológicas, y las afinidades étnicas y culturales de la raza que lo habitaba, se puede considerar el Tawantin Suyu como una área geoétnica bien definida, limitada por fronteras naturales. Sus límites debieron ser: por el N. el extremo septentrional de los andes ecuatorianos, en territorio colombiano, a los 2°5, marcado por la divisoria de las aguas que corren hacia el N. a la Hoya del Cauca y hacia el S. a la Hoya de Almaguer; y por el S. la divisoria topográfica que existe á los 37 o 38°, entre los Andes de la Cordillera Real propiamente dicha y los Andes Patagónicos.

Los Andes, los vientos alisios y las corrientes marinas de Humboldt y del Niño son los principales factores físicos que dan fisonomía propia a este territorio y determinan las peculiaridades de sus cuatro grandes regiones naturales: región de la Costa o de los llanos del Litoral; región Cisandina o de las laderas y vertientes occidentales de los Andes; región Interandina o de las hoyas longitudinales y altas mesetas; y región Trasandina o de las laderas y vertientes orientales de los Andes. Estas regiones ofrecen variadas y extremas altitudes y climas, y variadas y múltiples formas de la vida vegetal y animal.

II

GRANDES PROVINCIAS DEL IMPERIO: KONTI SUYO, KOLLA SUYO, CHINCHAY SUYO Y ANTI SUYO. NACIONES PRINCIPALES

El Imperio fué una confederación de Naciones de culturas y lenguas diferentes, algunas de las cuales alcanzaron poderío cultural y territorial antes de los Inkas. Cuatro grandes regiones o Suyos,—sometidos al Gobierno central del

Cuzco—, integraban este Imperio, llamado en lengua keshua Tawantin Suyu que quiere decir país de cuatro provincias, a saber: Konti Suyu, Kolla Suyu, Chinchay Suyu y Anti Suyu. Estas denominaciones corresponden a los territorios situados en las cuatro direcciones cardinales del Cuzco, que originariamente se aplicaron a las comarcas contiguas a esta ciudad, habitadas por naciones que llevaban nombres totémicos: Konti: cóndor; Kolla: llama; Chinchay: triguillo o puma; y Anti: jaguar. Posteriormente, a medida que el Imperio creció en territorio, estas denominaciones se generalizaron hasta designar con ellas las grandes regiones naturales del país, de modo que en el apogeo del Imperio en el siglo XVI, la metrópoli inkaica estaba realmente al centro del Tawantin Suyu.

El Konti Suyu, o región del kuntur o del cóndor, debió estar limitado en un principio a la comarca situada al occidente del Cuzco, esto es a las cabeceras de los ríos Ocoña y Majes, donde sobrevive todavía el nombre de Condesuyos dado a una de las provincias de Arequipa, y desde donde se extendió, con las conquistas inkaicas, por todo el Litoral.

Esta región comprendía los antiguos ayllus de Arkipa Konti, Ukullpi Konti, Kollawa Konti, Kosko Konti y Kawana Konti, situados en la cuenca del río Majes, y los de Toro, Achampi, Waina Kota y Poma Tampu, situados en la cuenca del río Ocoña. Estos ayllus reconocían como progenitor a Koro Puna, dios de la lluvia y de la fertilidad, que radica, según la leyenda, en el magestuoso nevado y volcán extinguido del mismo nombre. Desde aquí Koro Puna enviaba sus aguas a los primitivos habitantes del Konti Suyu.

El Kolla Suyu, o región de la llama, debió estar limitado en un principio a la comarca situada al sur del Cuzco, esto es a las cabeceras del río Majes, habitadas por la vieja nación de los Kollawa, desde donde posteriormente se extendió al norte, a lo largo de la región cisandina, y al sur al

altiplano del Titicaca, hasta los confines orientales del Imperio. El río Majes tiene especial importancia en la etnogeografía de esta región, pues marca el límite entre el Konti Suyu y el Kolla Suyu, que originariamente estuvieron habitados por dos naciones diferentes: los Kontisuyos, de cabeza artificialmente achatada o *palta* y de lengua probablemente pukina, y los Kollawa o Kollasuyos, de cabeza alargada o *saytu*, y de lengua aymara.—

Esta región comprendía las pequeñas naciones de Hatun Kolla, Pukina Kolla, Uro Kolla, Kana, Poma Kanchi Xespe Llakta, Kallawaya, Pakaxe, Charka y otras que se consideraban descendientes de Pukina Orco, Kala Xirka, Suri Orko, Titi Kaka y Kanchi Xirka, que eran sus pakarinas o residencias de sus dioses.

El Chinchay Suyu, o región del tigrillo, debió estar limitado en un principio a la comarca situada al norte del Cuzco, esto es, a las sierras del Urubamba y del Apurímac. Posteriormente se extendió a lo largo de la región interandina hasta Pasto, al Sur de Colombia, y a la parte central de las regiones cisandina y del litoral. Aquí se formaron varias confederaciones tribales entre las cuales una de las más importantes fue la de los Chinchas. Este extenso territorio estaba ocupado por los ayllus Aimaray, Ankaray, Kichiwa, Tankiwa, Sora, Lukana, Anta Marka, Parina Kocha, Wanka, Anan Wanka, Lurin Wanka, Xauxa, Tarma, Chinchay Kocha, Wanuku, Waila, Chachapoya, Kanari, Kayampi, Kitu y otros, que se consideraban descendientes de Kichi Kalla, Aisha Willka, Karwincho Wallallo, Paria Kaka o Yaro Willka, Wampu, Pachakamak y Warku.

El Anti Suyu o región del Jaguar debió estar limitada en un principio a las cabeceras de los ríos Madre de Dios y Paucartambo y a las sierras de la provincia de Calca. Se extendió, posteriormente, a lo largo de la cuenca del Apurímac y de las vertientes orientales contiguas a la floresta ama-

zónica. Originariamente el Anti Suyo tenía dos secciones: Awa Anti y Anti propiamente dicha. La primera estaba habitada por tribus que adoraban al Otorunku o Jaguar, y al Amaro o serpiente, a los que consideraban como antecesores llamados Achachai Yaya y Kapak Apu Amaro, respectivamente; la segunda estaba habitada por tribus que adoraban a Sawa Siray y Pitu Siray, considerados como sus progenitores que residían en los cerros que hasta hoy llevan estos nombres.

Además, de los nombres de las naciones y de los dioses principales consignados precedentemente, la tradición recogida por los cronistas de los siglos XVI y XVII, ha conservado los nombres de los lugares sagrados, wakas e ídolos que adoraban las familias y ayllus que integraban dichas naciones. Polo de Ondegardo trae una descripción minuciosa de más de trescientas wakas que existían en los alrededores del Cuzco, en una área no mayor de 30 leguas como cuevas, cerros, manantiales, llanuras, abras, y multitud de otros accidentes geográficos que revelan a la par que el carácter naturalista de su religión, el dominio que tenían de la fisografía de su territorio.

Cuando el Imperio alcanzó su mayor desarrollo formaban parte de él, las siguientes naciones: a lo largo del Litoral o Konti Suyo: Esmeralda, Caraque, Huancavilca, Túmpiz, Tallan, Eten, Chimu, Muchika, Chíncha, Pukina y Chango; a lo largo de las regiones cisandina e interandina o del Kollasuyo: Pasto, Kara o Quito, Latacunga, Puruha, Cañari, Palta, Huancapampa, Chachapoya, Cajamarca, Huamachuco, Huacrachuco, Conchuco, Pinco, Huayla, Huánuco, Anchiwaila, Yauyo, Chucurpo, Rucana, Wanka, Pokra, Sora, Chanka, Kechua, Inka, Kollawa y Kolla; y a lo largo de la región trasandina, o Antisuyo: Panatahuas y Pallanse o Amuesha, Tuki, Cholon, Jivito, Omahuaca y Diaguita.

III

RAZA, LENGUAS Y POBLACIÓN DEL TAWANTINSUYO

La raza inkaica es la americana o indiana que hallaron los europeos distribuída en este Continente. Sobreviven todavía ciertas variantes étnicas regionales, casi puras. En la sierra existe un tipo de indio mesocefálico, de estatura mediana, tórax amplio, rostro aguileño, nariz larga, encorvada, mentón saliente y ojos y boca pequeños, cuyos rasgos fisognómicos característicos son semejantes a los que aparecen en las cabezas retratos de la antigua alfarería andina. En la costa, existe así mismo, un tipo de indio braquicefálico, de talla pequeña, tórax amplio, cara ancha, ojos ligeramente oblicuos, párpados algo abotagados, nariz corta y ancha, aquilina, boca pequeña y labios gruesos, y pelo ligeramente ondeado; este tipo es frecuente en la población indígena de Catacaos, Colán, Eten, Huacho, Chincha y Moquegua, y sus rasgos fisognómicos son semejantes a los que aparecen en las conocidas "cabezas retratos" de la alfarería escultórica del Norte peruano.

Estas naciones hablaban lenguas diversas siendo las más importantes: la Aymara, hablada por las naciones del altiplano y del Kollasuyo; la Keshua, por las naciones interandinas; y las Muchik y Pukina vinculadas con los troncos lingüísticos amazónicos, por las naciones del Litoral y de los Andes orientales.

No existen pruebas fehacientes sobre la población del Imperio de los Inkas a la llegada de los españoles. Ciertos testimonios inducen, sin embargo, a suponer que no debió ser nunca menor de diez millones. Según el censo levantado el año 1580, durante el reinado de Felipe II, el Perú contaba en aquel año con ocho millones de habitantes, a pesar de las diversas causas que a raíz de la conquista pro-

dujeron su rápida despoblación, como la introducción de nuevas enfermedades y epidemias, el desplazamiento de la población aborigen de sus residencias originarias, los trabajos forzados en las minas y en los mortíferos valles al oriente de los Andes. Además, otras pruebas indirectas inducen a calcular la población en cifras elevadas, tales como las numerosas ruinas de ciudades, aldeas y tambos del período inkaico distribuídas por todo el territorio, los testimonios de un extenso cultivo del suelo, los cementerios, basurales y otros restos de la industria humana correspondientes a las diversas naciones sometidas a los Inkas, que revela la existencia de una densa población. Por último, los kipus, aparatos registradores de las estadísticas y censos de los Inkas, suministran también una nueva y valiosa evidencia demográfica. En los kipus hallados en cementerios inkai-cos de la Costa, relativamente recientes, aparecen registradas, mediante cordones y nudos, cantidades elevadas que corresponden evidentemente al censo de la población de algunos de los valles, y por la manera como están ordenados los cordones, y por las cifras parciales y totales consignadas, se colige que aquella estaba clasificada conforme al sexo y a la edad. El kipu constituye el mejor registro de la población, y es un exponente del sistema de organización social y político de los Inkas, que coincide en gran parte con los datos aportados por la información histórica.

IV

DIVERSAS MANERAS DE APROXIMACIÓN AL CONOCIMIENTO DE LA HISTORIA INKAICA.

Poco se sabe todavía sobre el carácter y grado de civilización alcanzado por los Inkas. La Historia de este pueblo legendario ha sido narrada primero por los propios conquistadores, e interpretada después, por los historiadores a

base de los escritos dejados por aquéllos. La crítica histórica y la investigación arqueológica han intentado posteriormente, una nueva interpretación del pasado basándose en la documentación histórica y en el estudio científico de los monumentos y tradiciones indianas. Se descubre, a través de estos estudios, dos etapas en el curso de las investigaciones, que corresponden a dos tendencias diferentes de apreciación: una especulativa y otra científica. En la primera se perfilan a su vez dos corrientes extremas, casi opuestas: una que aprecia los hechos de acuerdo con la tradición dejada por los simpatizantes de los indios, cuyo mejor representante es Garcilaso; y otra, de acuerdo con las opiniones hostiles de sus conquistadores, cuyo mejor representante es Bandelier. En la segunda, se juzga los hechos principalmente a la luz de la investigación arqueológica en concordancia con la crítica histórica.

Garcilaso sostiene que la civilización peruana comienza con el advenimiento de los Inkas; que los monumentos diseminados por todo el territorio son exponentes del arte inkaico: que no existieron naciones civilizadas anteriores a la de aquellos; que el Imperio fué una vasta organización política de Naciones unidas mediante un engranaje social, tan sabiamente arreglado que la dinastía reinante logró gobernar con paternal benevolencia a pesar de la extensión de su dominio territorial y de su densa población. Bandelier sostiene, por el contrario, que el Imperio fué una mera confederación de tribus bárbaras, autónomas e independientes con gobierno, lengua y cultura propias, que no formaban una nacionalidad homogénea y que el poderío de los Inkas fué sólo el resultado de la ambición de una tribu surgida en el valle del Urubamba, que a principios del siglo XVI, aumentó su poder militar y subyugó paulatinamente a las tribus vecinas, imponiéndoles un sistema de tributación forzososa.

Estas dos maneras de apreciar la historia de los Inkas, tan opuestas y contradictorias, a pesar de basarse ambas en la misma clase de documentos, no tienen fundamento sólido: se basan en la tradición indígena siempre vaga y fragmentaria, obtenida imperfectamente por los conquistadores a causa del desconocimiento del idioma, y de los prejuicios propios de la época, respecto al pueblo vencido, originados por la diferencia de raza y de civilización. En unos casos los cronistas e historiadores son españoles o mestizos ajenos a la mentalidad y sentimientos del indio, al que juzgan con criterio europeo, y en otros, son indios convertidos al catolicismo que subordinan la apreciación de los hechos y acontecimientos históricos a las normas religiosas y morales de los conquistadores.

La información histórica es más fidedigna cuanto más inmediata es al período de la conquista, o cuando los que la transmiten son testigos presenciales de la caída del Imperio, o funcionarios que tuvieron la misión de continuar o completar la destrucción de las instituciones aborígenes.

La indagación histórica acerca de los Inkas, para ser bien encausada, debe realizarse a la luz de los testimonios arqueológicos y de las enseñanzas derivadas de su confrontación con los testimonios documentales. En efecto, toda información escrita o tradicional es tanto más valiosa cuanto mejor confirmada se halla por el testimonio arqueológico.

Por último, mientras no se defina suficientemente el carácter, y las funciones de los diversos elementos que integran la cultura inkaika, no es posible establecer comparaciones, como impropriamente se viene haciendo, con otros elementos similares de culturas alejadas.

V

CARÁCTER RECIENTE DE LA EXPANSIÓN INKAICA.

Es un hecho probado que en el siglo XVI existía en la costa occidental de Sud América un Imperio constituido por varias Naciones sujetas al gobierno de los Inkas del Cuzco. En corto tiempo—tal vez en no más de un siglo—una Nación poderosa, cuya procedencia originaria se ignora todavía, adquirió predominio político y territorial sobre otras, muchas de ellas de igual o superior cultura a la suya, que sojuzgó mediante alianzas y guerras de conquista.

En casi toda el área arqueológica del Tawantin Suyu, se descubren evidentes manifestaciones de la cultura inkai-ca, casi siempre sobrepuestas o adaptadas, recientemente a las de las culturas aborígenes precedentes. Los testimonios objetivos que ilustran el choque brusco de la cultura inkaica con aquellas, son tangibles a la simple observación. Donde quiera que existen construcciones inkaicas junto con construcciones correspondientes a períodos anteriores, aparecen los testimonios de una destrucción intencional de estas últimas, y de un aprovechamiento de sus materiales en la construcción de nuevos edificios. Estos aparentemente han sido ejecutados mediante el concurso de gran cantidad de obreros, a juzgar por la magnitud de la obra, y estuvieron destinados probablemente al alojamiento momentáneo de un numeroso ejército, y a depósito de provisiones, dada la amplitud de las estructuras.

En los celebrados centros arqueológicos de Huánuco Viejo, Willkas Waman, Huaytará, y en los del valle del Urubamba, existen evidencias de la acción vandálica de un pueblo invasor que ocupa violentamente el lugar y destruye edificios que, por su extraordinaria arquitectura y suntuo-

sidad, corresponden a una era de esplendor del arte aborígen. En efecto, templos piramidales, edificios que parecen palacios, construídos con piedras prolijamente talladas y engastadas, exponentes de una época de apogeo del arte lítico, se encuentran derrumbados, y sus estructuras y materiales utilizados en la construcción de edificios de aspecto más reciente, erigidos sobre sus ruinas. Hecho semejante se advierte, así mismo, en muchos de los centros arqueológicos del Litoral. En éstos, las construcciones propiamente inkai-cas están sobrepuestas a las preinkaicas y tienen un carácter inconfundible. Las primeras se reconocen por el uso del adobe rectangular hecho a molde, por los frescos policromos que adornan las paredes del tipo característico de esa cultura y por los restos de alfarería inka que se hallan en las vecindades. En Tampo Huarapo, valle Nepeña; en Paramonga, valle de Pativilca; en Pachacamac, valle de Lima; en un pequeño edificio al S. E., de la Waka La Centinela, valle de Chíncha, y en las ruinas de los Paredones, de Tampo de Poroma y en otras situadas en la quebrada de Palpa, en el valle de Nasca, los restos arquitecturales, las tumbas y basurales inkaicos, ocupan siempre el estrato superior, y se nota claramente la forzada implantación de esta cultura sobre las locales. La alfarería hallada en las poblaciones conquistadas por los Inkas, y aún la correspondiente a culturas coetáneas de éstos, muestra señales de una fuerte asimilación del estilo propio inkaico. En las regiones Chimu y Chíncha, las formas inkaicas aparecen puras, y son raras las híbridas resultantes de la fusión de ambos estilos. El tejido fino de tapicería o *kumpi*, la honda o *waraka*, la bolsa o *chuspa*, la faja o *chumpi*, el turbante o *llauto*, el kipu, los idolillos de cobre, plata, turquesa y otras piedras, son elementos que se encuentran siempre en los establecimientos de apariencia eventual, netamente inkaicos, pero son exóticos en los restos de las otras culturas aborígenes.



Todos estos hechos revelan que la difusión de esta cultura ha sido reciente y rápida, lo cual estaría de acuerdo con la generalizada tradición acerca del origen y organización del Tawantin Suyu, que hace remontar solo a Pachacutec—el titulado Reformador del mundo, que reinó a mediados del siglo XV—la expansión de los Inkas más allá de las Hoyas del Apurímac y Urubamba.

Además, si los Inkas fueran oriundos del Cuzco, como es la creencia general, se encontraría en el subsuelo de esta ciudad, los testimonios de su historia evolutiva; allí se hallarían, por ejemplo, los tipos de alfarería que originaron la excelente alfarería cuzqueña. Si las construcciones megalíticas del Cuzco, fueran así mismo obra de ellos no se explica por qué aparecen derrumbadas y sustituidas por construcciones, aunque rústicas, asociadas a alfarería inkaica, como sucede en las otras ruinas megalíticas del resto del país. Los hechos son tan evidentes en lo que concierne al doble aspecto arquitectural, que uno se siente obligado a considerar que una cultura megalítica muy adelantada diferente de la inkaica antecedió a ésta, y que los Inkas, si no han sido sus destructores, fueron los que mejor aprovecharon de los edificios y materiales abandonados y destruidos.

La cultura de los Inkas dejó regada sobre los monumentos megalíticos, su típica alfarería; pero nada hay que indique su asociación con ellos en el tiempo. Los objetos y monumentos líticos hallados hasta ahora en el Cuzco y otros centros inkaicos no son inkaicos, sino supervivencias del adelantado arte megalítico precedente. La alfarería inkaica, por el contrario, marcha siempre con la cultura de colonización reciente, y su fabricación estuvo en todo auge en tiempo de la conquista española, y subsistió aún durante el Coloniaje.

Es difícil determinar cuántos y cuáles son los elementos que pueden ser considerados como integrantes de la cultura propiamente inkaica. Se debe esto en parte a nuestra

ignorancia respecto a su centro originario, donde podría obtenerse un conjunto de normas que facilitarían la identificación, y en parte a su rápida expansión y predominio sobre naciones que poseían un grado de cultura igual y a veces superior a ella, y de las cuales mucho tuvo que recibir, pero muy poco que ofrecer.

Cuando el Imperio adquirió su máxima expansión territorial durante el reinado de Huayna Capac, las naciones subyugadas o confederadas apenas habían sufrido la influencia del pueblo conquistador, influencia que en ciertos casos, como en el de las naciones situadas en la periferia, sólo se hizo sentir por el sistema de tributación impuesta; mientras que, por el contrario, los centros propiamente inkas, sobre todo la metrópoli cuzqueña, se favorecieron con los aportes económicos suministrados por las Naciones sometidas.

La expansión de los Inkas fué preferentemente de carácter político y religioso. Impusieron un sabio sistema de gobierno a base del trabajo cooperativo, orientado en el sentido de forjar una nacionalidad homogénea de las múltiples naciones heterogéneas, incorporadas al Imperio; e implantaron el culto al Sol, aunque sin detrimento del culto a los dioses locales. Esto explica la razón de ser de sus más importantes instituciones como la de los Amautas, especie de Universidad, la de recaudación de los tributos mediante estadísticas y censos levantados por los kipukamayok o contadores profesionales, la de colonización mediante el traslado e intercambio de población de una región a otra, los obrajes de Mamaconas, las grandes vías de comunicación y las represas y canales de irrigación verdaderamente gigantescos.

Cuando los Inkas emprendieron sus conquistas las naciones del Tawantin Suyu se hallaban en una era de auge económico. La agricultura había alcanzado un desarrollo extraordinario. Las artes y especialmente la alfarería, orfe-

brería y textilera se habían, en gran parte, industrializado para satisfacer las necesidades de una enorme población. Se hacía uso exagerado del molde en la fabricación de la alfarería; del estampado en la ornamentación de los tejidos; y de las aleaciones y del dorado en la fabricación de la vajilla ceremonial y de las joyas. Todo esto, contribuyó al bienestar económico y a la riqueza del Imperio, que tanto halagó y deslumbró a los castellanos. Al recorrer el país encontraron por todas partes, tierras cultivadas, ciudades y tambos llenos de ropas y alimentos, y templos y palacios adornados con ricas piezas de oro y plata.

Las relaciones entre los pueblos de las distintas regiones del país eran estrechas debido al desarrollo de las vías de comunicación y del comercio. Colonias de andinos se hallaban establecidas en la costa; y productos preciosos de tierras lejanas, como conchas tropicales, plumas y maderas finas de la floresta eran profusamente empleados en la confección de objetos del ritual religioso.

Son pocas conocidas todavía las culturas locales que precedieron a la inkaika. Culturas andinas pobres coexistieron con otras avanzadas dentro del dominio imperial, las que lejos de amenguarse o extinguirse con la conquista inkaika, mantuvieron su originalidad e influyeron en el desarrollo y difusión ulteriores de la cultura del pueblo conquistador. Pueden mencionarse entre estas, las culturas Chimu y Chíncha en la Costa, y las culturas Wanka, Chanka y Kolla en la Sierra, y a la vanguardia de ellas la Chimu y la Chanka.

Esta conjunción de culturas locales diversas dentro de la última face de la prehistoria peruana, hace difícil deslindar el campo de la genuina cultura inkaika. En los albores del siglo XVI ya se había producido la incorporación de las culturas locales dentro del marco del Tawantinsuyo; por consiguiente, la cultura inkaika se presenta como un complejo de culturas coetáneas, que habían sufrido influencia recíprocas a través de las edades, y que comenzaban a ser amal-

gamadas con la dominación inkaika. Esto explica por que la documentación histórica dejada por los conquistadores que presenciaron la caída del Imperio Peruano, considera erróneamente, todas las manifestaciones de este complejo cultural, como inkaicas. La arqueología se afana hoy en reconstruir el mosaico de culturas locales que precedieron a la general inkaica, y que coexistieron con ella. Los resultados que van alcanzándose son halagadores, y comienzan ya a perfilarse y a adquirir caracteres propios algunas de aquellas culturas sepultadas u olvidadas.

Antes de la incorporación del Gran Chimú al Tawantinsuyo, que se realiza casi en las postrimerías del Imperio, otra Nación la de los Chankas, tal vez tan importante como la de los propios inkas, se hallaba ya fusionada con la de los Inkas. A juzgar por los recuerdos transmitidos por la tradición, los Chankas fueron viejos rivales primero de los Inkas y después sus más fieles aliados. Chankas e Inkas representan dos viejos troncos culturales, que alguna vez en tiempos no muy lejanos, alcanzaron un gran auge, en las cuencas del Apurímac y del Urubamba. En esta región donde convivían gentes de las fronteras amazónicas, de las quebradas y valles cálidos de los Andes, y de las punas elevadas y frías de las mesetas y praderas, se encuentran los restos de una civilización muy adelantada, superior en algunos aspectos a la de los Inkas. La alfarería Chanka, es sin disputa una de las más artísticas de América, por su técnica, colorido y severidad de ornamentación. Chankas e Inkas sostuvieron guerras desde tiempos lejanos, y el recuerdo de estas luchas estaba todavía fresco durante la conquista. La mayor parte de las escenas representadas en los vasos de madera que hallaron los españoles en manos de los indios, y cuya fabricación ha continuado hasta los primeros años de la República, aparecen escenas de batallas sangrientas entre Chankas e Inkas. Los primeros son fácilmente identificados por su típica indumentaria, por sus armas de gue-

rra, por los animales oriundos de los valles cálidos que aparecen en la escena, que son los mismos que aparecen en los restos de alfarería Chanka halladas en las cuencas del Mantaro y Apurímac. —

— El Gran Chimú, fué sin duda la más importante de las naciones subyugadas por los Inkas. A través de la documentación relacionada con el rescate de Atahualpa, y con los tesoros logrados en el saqueo de los templos, se descubre que las más ricas piezas artísticas del metal corresponden a la orfebrería Chimú. —

VI

LA CULTURA MATERIAL DE LOS INKAS

En la enorme masa de elementos culturales heterogéneos que quedan de las diversas naciones del Tawantin Su-yo, es difícil determinar los que son propios de los Inkas. Sin embargo hay algunos susceptibles de ser identificados, por que son constantes en los establecimientos inkaicos y su presencia marca los derroteros de la expansión de esta cultura. Su autenticidad está acreditada por la información histórica a la par que por el hallazgo arqueológico.

Pueden mencionarse entre los principales elementos culturales característicos de los Inkas, los siguientes: el *tampu* o ciudad, residencia de los soberanos y del ejército o guarnición inkaica; el *urpu* o arybalo, cántaro que constituye el mejor exponente de su alfarería; el *kumpi* o tapicería fina, celebrada pieza de la indumentaria real; el *kero* o vaso cilindrico de madera, grabada, o ricamente decorada con escenas de la época: la *wipe* o balanza; la *pakcha*, objeto ceremonial del ritual religioso agrícola; el *wauke* o estatuita de piedra o de metal que representa al “doble” o personifica al antecesor; el *ulltu*, o llamita de piedra de carácter ceremonial; el *kipu*, manojo de cordones destinados a registrar cantidades o especies mediante un sistema nemónico a base de

nudos y colores convencionales; el culto al Sol y un sistema peculiar de gobierno y organización social.

Completo acuerdo existe entre las descripciones de las ciudades, tambos y templos inkaicos hechas por los cronistas y los testimonios que aportan los restos arqueológicos. El material empleado en las construcciones es por lo general aquel que se halla más a la mano en cada región: la piedra, la grava, la paja, y el barro. El carácter más saltante de los edificios es su magnitud y ejecución sencilla, hecha aparentemente en forma precipitada con el concurso de muchos obreros disciplinados en la labor cooperativa, contrasta con las construcciones de épocas anteriores hechas con piedras talladas y engastadas, que revelan un despliegue extraordinario de energías y de sentido artístico.

En cada establecimiento inkaico se reconocen las siguientes estructuras principales: el Templo del Sol; la gran plaza rodeada de espaciosos aposentos, los graneros o depósitos de alimentos y ropas llamados *pirwa* y *kollka*, el cementerio o *Agra-raja* o *Aya Wasi*; la gran terraza de diversión o *Kusipata*; la residencia real o *Puka Marca*, la casa de mamaconas o *Aklla-wasi*, y muchas otras pequeñas estructuras que constantemente aparecen en las poblaciones inkaicas.

Este mismo tipo de residencia inkaica se encuentra a lo largo de las grandes vías o caminos reales, como en Koillur, Cajamarca; en Tarma Tambo cerca de la moderna ciudad de Tarma; y en Pikillakta que es una de las más típicas ciudades inkaicas, para no citar sino algunas.

La alfarería inkaica tiene caracteres propios inconfundibles. Sus formas son limitadas y reproducen aparentemente vasijas talladas en madera. El aspecto facetado y anguloso que presentan revela su derivación de un primitivo arte en madera. En las tumbas inkaicas de la costa se encuentran vasos de arcilla cilindricos, ornamentados con figuras geométricas en relieve, tan bien ejecutadas en lo que respecta a la imitación de sus modelos primitivos, que hacen a

simple vista la impresión de los llamados keros o vasijas cilíndricas de madera que todavía se fabrican en algunos pueblos del Valle de Markapata o de Kuchea, en la provincia transandina de Paucartambo; los platos ornitomorfos, tazas, cántaros, ollas y cucharas, de barro y aún pequeñas esculturas de piedra que reproducen llamitas o alpacas, son idénticas a sus similares de madera. Además su ornamentación tiene un carácter híbrido; por un lado, aparecen motivos zoomorfos tomados del medio florestal, como papagallos y monos y el armadillo que es uno de los más conspicuos; y por otro, motivos fitomorfos tomados de la flora andina. La decoración es a base de colores y resinas de origen vegetal. La fabricación de vasijos de madera, probablemente subsistió durante el desarrollo de la alfarería inkaica, convivió con ella durante el Imperio, se mantuvo a través de la colonia y aún en la República, dado el hecho de que en diferentes lugares de la sierra y de los valles trasandinos se fabrica todavía, alfarería y vasijas de madera semejantes a la inkaica. Ciertas comunidades o ayllus de los departamentos de Huanavelica, Ayacucho y Cuzco, conservan en uso, vasos de mude o k'ros, ornamentados con escenas puramente inkaicas, con escenas de guerra entre Inkas y tribus de la floresta, y con escenas correspondientes a épocas posteriores, de influencia europea.

Paralelamente con el arte de la alfarería se desarrolló el arte textil. El uso del algodón y de la lana de auquénidas y otras materias textiles de menor importancia, estuvo muy generalizado desde épocas anteriores a los Inkas, y sería muy aventurado atribuirles a éstos su empleo original. Tampoco se les podría atribuir la invención de los diferentes tipos tecnológicos empleados en las fábricas inkaicas, puesto que el uso de ellos aparece en grado superlativo en las culturas antecedentes. Brocados, bordados, gasas y tapicerías aparecen en todos los períodos; y su invención originaria habría que rastrearla desde las arcaicas culturas andinas.

Sin embargo, en las informaciones dejadas por los españoles, muchas de ellas de gran valor descriptivo, por su claridad y riqueza de detalles acerca de los usos y costumbres de los inkas, se descubre que éstos usaban un tipo de indumentaria más o menos homogéneo, por su forma y estilo. Este tipo de indumentaria es idéntico al que aparece representado en los cuadros de escenas indígenas, aun post-colombinas, y a los vestidos encontrados en las tumbas. El pueblo inkaico vestía túnica policroma, sencilla, con moderada ornamentación, o muy fina y bellamente ornamentada según la jerarquía social del que la usaba.

En uno y otro caso, los motivos ornamentales son típicamente inkaicos y de carácter simbólico, o emblemático, y aparecen constantemente en las variadas y múltiples producciones del arte inkaico. Los soberanos Inkas y las *Koyas*, vestían la indumentaria correspondiente a su alto rango: los Inkas usaban: túnica de fina tapicería o *kumpi*, adornada con ancha banda a nivel de la cintura y motivos simbólicos salpicados, o distribuidos armónicamente, sobre el fondo de la tela; una especie de esclavina o *collar* de plumas, una faja o *chumpi*, una bolsa o *wallke*, sandalias de cuero de llama, y otras prendas e insignias accesorias cuyos nombres han sido conservados por los escritores de Indias.

Adornaban la cabeza de los soberanos, el *llauto*, y la borla imperial o *maskaipacha*; el penacho o *wayo-tika* y las plumas del halcón, *korikenke* que se erguían sobre la frente.

Según la jerarquía social de la persona así era la calidad de la indumentaria.

El unku de tapicería finísima o *kumpi*, el *llauto* y la *maskaipacha* son prendas características de la cultura inkaika.

Entre los elementos inkaicos, ninguno se equipara al kipú o sistema de contabilidad empleado por los Inkas. En todo establecimiento inkaico como en los tambos que se hallan a lo largo de los caminos, en la residencia de los gober-

nadores o de los agentes encargados de la recaudación de los tributos, y en los yacimientos de desechos, contiguos a las casas de Mamaconas, a los templos del Sol, y otros edificios claramente inkaicos, aparece siempre el kipu en asociación con alfarería y otros objetos de la misma cultura, como los *ulltis* llamitas o alpacas de piedra. En el departamento de Ica, los restos de las culturas andinas recientes y de la Chinchá, constituyen el estrato arqueológico superficial, y en él se halla siempre el kipu asociado a la alfarería inkaica, lo cual indica que los Chinchas Andinos de la sierra central, y los Inkas coexistieron.

El kipu es la manifestación objetiva de un sistema de contabilidad bien definido; es un medio ingenioso de controlar con exactitud el número de habitantes de una región, y de llevar la estadística de la producción. El Kipu es el mejor exponente de un mecanismo sencillo, creado para regularizar la compleja administración económica de un Imperio integrado por múltiples naciones que tributaban los más variados productos.

Debieron existir escuelas donde se enseñaba la clave de su manejo, pues la distribución de los cordones en grupos, el uso de cordones principales y secundarios de acuerdo con su grosor y longitud, el empleo de diversos tipos de nudos, y el significado convencional de variados colores, requirió sin duda la preparación técnica adecuada del *kipu-camayok* o *contador*.

Esto explica por qué se encuentra a menudo el kipu por todo el Perú: bajo un sistema uniforme, siempre el mismo, sistema que estuvo en pleno uso cuando llegaron los españoles, y quienes los describieron con proligidad. El Kipu tenía como accesorio la *yupana* o contador, especie de *abacus*, que servía para facilitar el cálculo de grandes cantidades. El uso del kipu fué impuesto a todos los agentes de gobierno y a los curacas de cada provincia, y aún a los principales de cada ayllu quienes contaban siempre con un con-

tador o *kipucamayok*. En Nasca se han encontrado sepulcros conteniendo momias enfardeladas, con indumentaria del estilo andino Chanka, (denominado epigonal por Uhle), y con manojos de kipus, lo cual pone en evidencia que los Inkas nombraban como gobernadores a personas de alto rango salidas de la Nación de los Chanka que no pertenecían a la clase inkaica dominante.

Los *huauques* son estatuillas de barro, piedra y metal. Representan por lo general figuras humanas en posición vertical. Han sido hallados en los establecimientos inkaicos y reproducen personajes vestidos al estilo de los Inkas. Son ya numerosos los hallazgos hechos de esta clase de trabajos. El Museo de la Universidad del Cuzco, posee una numerosa colección procedente de las ruinas inkaicas de Pikillakta; el Museo de Arqueología Peruana de Lima cuenta con algunos ejemplares procedentes de Chulpaca, cementerio Chíncha, del valle de Ica; y el Field Columbia Museum de Chicago, posee también varios ejemplares de Andahuaylas, hoya del Apurímac.

El carácter inkaico de estas estatuillas se manifiesta, no sólo por la procedencia sino por el tipo del vestido, que corresponde así mismo al de las descripciones dejadas por los cronistas, a los hallazgos de ropa inkaica en las tumbas y a las pinturas de escenas inkaicas que adornan los keros o vasos de madera.

En la indumentaria representada en estas estatuillas se destacan los diferentes tipos de tocados, y los dibujos de la ornamentación de la túnica que corresponden al estilo inkaico.

VII

GOBIERNO Y ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LOS INKAS

En lo que respecta a la organización social y gobierno del Tawantin-Suyo, precisa hacer previamente una clara

distinción entre el sistema político establecido por los Inkas para mantener el dominio de su vasto imperio—integrado por naciones diferentes—, y la organización social y el gobierno que tenían éstas antes de su incorporación a él.

En la Sierra del Perú los indios y mestizos, principalmente los de la clase proletaria, viven hoy agrupados en parcialidades en las estancias o pueblos fundados por los españoles. Estas se componen de varias familias, y a la vez forman parte de un grupo social mayor: la comunidad. El grupo—parcialidad, es algo así como una supervivencia de una de las más arcaicas unidades sociales: el *ayllu*, o grupo de individuos unidos por vínculos de sangre o por el recuerdo de un antecesor común, de existencia real o virtual, avivado por el sentimiento de amor a la tierra. El hogar del *ayllu* es la parcela de tierra donde aquellos moraron por miles de generaciones, de donde sacaron los recursos vitales para su sostenimiento, y donde conservaron sus reliquias sagradas junto con sus ídolos y obras vinculadas en general a pasados tiempos de prosperidad o de sufrimientos comunes.

Datos interesantes ofrece el estudio del *Ayllu* a la luz de las huellas que ha dejado entre los escombros de sus aldeas, y en el suelo que fué su patria. Tomemos al acaso la residencia de un *ayllu*: *Nimak* es la pequeña patria del antiguo *ayllu* de este nombre, incorporado hoy al pueblo de San Mateo de Huachor y ubicado en las alturas de Okatara, en la quebrada del Rimac. Hoy este lugar está casi abandonado: es una estancia de ganado lanar, y de pocas tierras de cultivo; pero en él quedan las evidencias de lo que fué esta patria embrionaria. Ocupa un espolón de la cordillera. Tiene una área aproximada de 12 k. de largo por 3 o 4 k. de ancho y se eleva gradualmente desde el nivel de Tambo de Viso hasta el nivel de las nieves perpetuas. Ofrece por consiguiente diversas altitudes, diversa topografía, variados climas y condiciones de tierra. La propia naturaleza ha dividido esta tierra en zonas de pasto y zonas de cultivo de quinua, pa-

pa o maíz, según la altitud y tierra más propicia a estas plantas. Sobre una de las crestas más bajas del espolón, donde el peñón cae verticalmente al lecho del río, se halla ubicada la aldea o ciudad principal del Ayllu. Aquí están todavía las viviendas familiares, las tumbas de los personajes principales situadas dentro del área de la población, la fosa y cueva donde depositaron los cadáveres de la gente común, la plaza o lugar de reunión del Ayllu con asientos de piedra, los edificios de carácter comunal; la pequeña ciudadela o acrópolis sobre el peñón más encumbrados de la aldea; y en los contornos de ella, atalayas, muros y zanjas de fortificación para defenderla del asedio de los enemigos. Hacia la parte alta, casi al pie de la cordillera, existen represas abandonadas de las que parten acequias que conducían el agua a través de las faldas del espolón surtiendo de este elemento a la aldea y a los campos de cultivo situados en las partes bajas del cerro, y dispuestos sobre los éjidos y tierras pastales que eran restos de corrales de ganado, algunos todavía bien conservados.

Los nombres tradicionales con que en la antigüedad se designaba a la familia; a la tierra erial, de cultivo; de pasto, se conservan hasta ahora entre los indios; y ciertos ayllus mantienen aún fiestas que no son sino reminiscencias de antiguas ceremonias relacionadas con las actividades sociales del ayllu, las que se realizan en las plazas de antiguas aldeas. También los comuneros de hoy conservan todavía el recuerdo de los ayllus *waris* o autóctonos, y de los *llakwas* o advenedizos; y llaman *marka* a la patria del autóctono y *llakta* a la del advenedizo. Sus fiestas y regocijos, y la organización de sus actividades sociales, como la construcción de edificios, la limpia de acequias y represas y todas las obras que interesan al ayllu, entran dentro del dominio de la organización heredada de sus antecesores. Sólo cuando se trata de obligaciones que interesan a la comunidad de ayllus, es cuando se perfila otro sistema de regulación de esta so-

ciudad: surgen entonces el recuerdo de las divisiones de los comuneros en centenas o millares o *pachakas* y *warankas*, los *kamachikui* o funcionarios con atribuciones que aparecen hoy confundidas dentro de la organización social y política impuesta primero por la Colonia y después por la República.

Dejemos estas pequeñas patrias del ayllu, cuyo estudio como se ve arroja no pocas luces al conocimiento de la sociedad peruana en la antigüedad: y veamos ahora lo que se puede colegir sobre este asunto estudiando los restos que quedan en otros lugares del Perú, más favorecidos por la naturaleza para el desarrollo de la cultura humana, como son las hoyas interandinas y los valles del litoral.

Una feliz circunstancia permite reconstruir, aproximadamente, lo que fué la organización de la sociedad aborigen en el Callejón de Huaylas, que es uno de los centros arqueológicos más importantes de la Sierra Peruana. Aquí existen abundantes testimonios arqueológicos correspondientes a las diferentes etapas del desenvolvimiento de las culturas precolombinas y de su antigüedad. Existe además una documentación histórica de primer orden, debida a los religiosos, que a fines del siglo XVI se encargaron de la destrucción de las instituciones aborígenes con el fin de extirpar las idolatrías. A la luz de estas importantes fuentes se adquiere un claro concepto de lo que fué la organización social gentílica, y el sistema religioso de los primitivos pobladores de Huaylas, y se adquiere así mismo, una clara noción de la clase de influencia social y política ejercida sobre ellos por los Inkas. Hoy, gracias a la labor de correlación de estos hechos arqueológicos e históricos, suministrados por estas fuentes, unida a la moderna documentación etnológica, producto de la observación directa de las actividades sociales, supervivencia de ritos y ceremonias gentílicas de los indios del Perú, se ha podido reconstruir el plan estructural de la Sociedad Peruana. Sobre esta base, pueden ser

considerados como hechos históricos, suficientemente depurados, los siguientes:

1.—Los Europeos encontraron a los indios divididos en grupos familiares o *Ayllus*, distribuídos por todo el territorio, y que tenían como patrimonio común, desde la más remota antigüedad, una parcela determinada de tierra.

2.—El *Ayllu* estaba constituido por un conjunto de pequeñas familias o *Churi*, vinculados por el recuerdo de un antecesor común, real o virtual.

3.—El *Ayllu* estaba gobernado por un consejo de familia, cuyos miembros eran los más ancianos. Este consejo elegía *Ylakatas* o *kamayoks*, funcionarios destinados a dirigir las actividades comunales del grupo.

4.—El conjunto de *Ayllus*, unidos por vínculos tradicionales de parentesco, de servicios mutuos, constituía el *Kuri*. El jefe de este era el *Kuraka*.

5.—El conjunto organizado de *Kuris* formaba el *Waman* o provincia; y el conjunto de *Waman*, pequeñas naciones que llevaban diferentes nombres, formaba el *Suyu*.

Había dos clases de *ayllus*: *Waris* o autóctonos y *llakwas* o advenedizos.

He aquí como trazaban su árbol genealógico los miembros del *ayllu* de *Jekos* de *Recuay*, por ejemplo, que eran considerados como *Wari* o autóctonos. Tenían como antecesor común a *Marka llitan*, quien, según sus tradiciones, nació en la Laguna de *Llaksa-kocha*; tuvo tres hijos llamados *Chachu-Paska*, *Ankos-Pariak* y *Machachway*; hijos de estos fueron *Karwa-Mancha*, *Punchau-Llipiak*, *Waman Tokas*, *Nawinka-Llarwar*, *Naupayko*, *Mupa-Llipiak* en quienes se acabó la gentilidad y entró el cristianismo, hijos de estos son: Alonso Alvarado, Gonzalo Uchu-waman, Alfonso Raho Machakway, a quienes encontraron los extirpadores de idolatrías. Los miembros del *Ayllu Allauka* de *Recuay* eran considerados como *Llakwa* o advenedizo; tenían como antecesor común a *Chike-kochachin* quien, según sus tradi-

ciones, vino de Yaro-Titikaka e hizo su mansión en este ayllu. Tuvo por hijos a *Chuchu-llipiak*, *Hanamtpa-llipak* y *Machakway*, en quien expiró la gentilidad cuando entró el cristianismo. Sus hijos fueron Juan Yampi, Juan Bautista y otros, a quienes encontraron los extirpadores.

El Churi o familia rendía culto a los restos de sus antepasados que guardaban en cuevas o edificios especiales, situados dentro o fuera del área de la población; allí depositaban las ofrendas consistentes en *sañu-mama* o tierras finas para fabricar ollas, *illas*, o piedras bezares, konopas o amuletos en figuras de llamas, etc.

El ayllu tenía edificios especiales, aras y cercos o corrales sagrados donde se hacían los sacrificios; allí se derramaba la chicha destinada a los dioses, se degollaban a las llamas, se quemaba el cebo y se realizaban otras ceremonias religiosas.

El *Kuri* y el *Waman* tenían igualmente, edificios correspondientes a su categoría y adoratorios donde conservaban las imágenes de piedra de sus dioses en figuras de animales monstruosos. Ahí encontraron los extirpadores los mismos ídolos y objetos que hoy descubre la pala del arqueólogo, tales como trompetas de cobre, cabezas de venado, tapicería o kumpi, alfarería, plumaria, cueros de puma—, con cabeza, pies y manos bien disecados—y las momias de sus progenitores legendarios.

Además de estos hechos que corresponden a la arcaica organización social y religiosa de los aborígenes, quedan por todas partes, las huellas del sistema de gobierno, establecido por los Inkas. Ellas se precisan mejor en la abundante documentación dejada por los españoles encargados del Gobierno Civil, político y eclesiástico de los indios, después de la conquista. En ella quedan recuerdos de las divisiones territoriales establecidas de acuerdo con el monto de su población, como la *Pachaka* o grupo de 100, la *Waranka* o grupo de 1000, y *Hunu* o grupo de 10,000. Así mismo quedan re-

cuerdos de la toponimia usual inkaica, como *Anan* o parte alta, *Hurin* o parte baja, *Ychoka* lado izquierdo y *Allauka* lado derecho, con respecto al centro de la capital o población principal del ayllu, *Pachaka* o *Warankā*.

Veamos ahora cual fue la condición de las naciones del litoral durante la dominación inkaica. El problema aquí ofrece mayores dificultades que en la sierra. La documentación histórica es casi nula, y la población indígena ha sido desplazada después de la conquista; apenas en uno que otro lugar quedan descendientes directos de los primitivos pobladores yungas. Y nada sabríamos de su gobierno y organización social, si nó contáramos con la contribución que aporta el estudio de los restos que quedan de sus diversas actividades sociales. En los valles del Litoral existen por doquiera ruinas de grandes y pequeñas poblaciones, situadas en las riberas mismas del Pacífico; en el desierto, alejadas a veces de la tierra cultivada, como Paracas y Ancón; en la delta misma de los ríos como Chanchán sobre el río Chimú, Barracas sobre el Jequetepeque, y Huatica sobre el Rímac; sobre los espolones de la Cordillera que avanzan hasta el Océano como Atak sobre el cerro Ipuna en Santa, la Horca sobre el cerro de este nombre en el valle de la Fortaleza; y en hileras ininterrumpidas a la largo de los ríos, en una y otra margen, desde la playa hasta la Cordillera.

Cuando se estudia las ruinas de estas aldeas y ciudades se nota que todas presentan el mismo plan y el mismo tipo estructural, tanto aquellas que aparecen en las playas y desiertos sepultadas por basura y arena, como las de las partes bajas de los valles, construídas con mamposterías ciclópeas de adobes, o de las partes altas, construídas con piedras cortadas o talladas por la mano del hombre. Los edificios han sido costruídos en unos casos con caña, en otras con adobes o piedras talladas; pero todos ellos obedecen a un mismo sistema de edificación, y parecen haber sido construídas al impulso de las mismas necesidades sociales. El

material escogido es el que tuvo el hombre más a la mano en la localidad. En cada valle hay por lo general una o dos ciudades en su parte más ancha y multitud de aldeas salpicadas por toda la campiña y por las faldas de los cerros contiguos.

Hay diferencia marcada entre la estructura de la ciudad y de la aldea. Esta es la residencia de la población rural, y aquella la de la clase superior compuesta por gobernantes, sacerdotes y artesanos.

En cada aldea, las viviendas están agrupadas en barrios. Debajo del piso de la vivienda está por lo general la sepultura. En ciertos casos la aldea crece en superficie a la par que el cementerio del subsuelo que queda cubierto por la basura o por los escombros de viviendas abandonadas que forman una capa gruesa sobre la que se elevan nuevas viviendas. A esto se debe que el plano de ciertas aldeas presente elevaciones del terreno que no son otra cosa que capas de tumbas y escombros de antiguas residencias, protegidas comúnmente por muros de sostenimiento que hacen el efecto de pirámides escalonadas.

El tipo de las viviendas y el de las tumbas contiguas, o hipogeos revelan su carácter familiar. Los barrios revelan la existencia de unidades sociales más complejas. Dentro de cada aldea existen además, edificios especiales mayores, destinados a depósitos de alimentos o a residencias del jefe.

La ciudad está constituida por un conjunto de ciudadelas amuralladas y por grandes edificios piramidales, acrópolis y fortalezas contiguas a ella. Caminos amurallados o murales pasan cerca de estas ciudades, algunos las atraviesan y alcanzan determinados edificios situados en su interior. Dentro de cada ciudadela hay grupos de habitaciones dispuestas casi siempre en hileras. Unas son viviendas, otras probablemente talleres, y otras celdas como para prisioneros, o habitaciones para sacerdotes, artesanos, o gen-

tes cuya labor demandaba especial consagración. En ciertas ciudades como en Chanchán se encuentra además dentro de algunas de las ciudadelas, edificios especiales por la compleja estructura y decoración de sus paredes, que son quizás adoratorios o lugares de sacrificios, o residencia de los dignatarios del culto. Así mismo, dentro de otras ciudadelas se encuentran hornos de fundición y abundante escoria de minerales fundidos, y habitaciones agrupadas en cuarteles como si fuesen talleres o viviendas de los obreros y artesanos que trabajaban en esta clase de labores, lo que hace presumir que dichas ciudadelas eran la sede de instituciones destinadas a la labor especializada, industrial o profesional. Mediante ésta, se alcanzó sin duda el grado extraordinario de progreso de ciertas artes como la metalurgia, orfebrería, textilera, alfarería, plumaria, etc., que sólo es concebible en sociedades de alta organización y diferenciación del trabajo.

Además, existían seguramente ayllus o gremios de alfareros y tejedores, pues en ciertos lugares las aldeas se hallan casi sepultadas por enormes cantidades de fragmentos de alfarería, que son manifestación evidente de la actividad especializada de la población. En Chichacaca, al oriente de Chilca, en El Cenicero, en el Valle de Santa, en la Calera de Lauren en Chancay, y en Cayangos, en el valle de Ica, se encuentran además de estas grandes acumulaciones de alfarería rota, algunos otros testimonios de su fabricación como batanes donde se molía la tierra, pozos o depósitos de arcilla, y hornos, lo que prueba que estas aldeas arruinadas han sido habitadas por gremios de alfareros.

El *templo* parece haber sido el centro originario de atracción de la población de industriales y de profesionales. Es en las capas inferiores o más profundas de los templos donde se encuentran las huellas de estructuras que corresponden a una mayor antigüedad, comparadas con las estructuras de las capas superiores. Fué por tanto, el Templo el pri-

mitivo centro de atracción de la población, y el núcleo originario de la ciudad. Tal vez los primitivos pobladores de la ciudad embrionaria fueron los de la clase sacerdotal; de ella surgieron o se diferenciaron los diversos gremios de virtuosos en el campo de las artes.

Todo esto revela que la organización de la sociedad a base de la especialización de funciones religiosas, artísticas o industriales, es muy antigua en el Perú. A esto habría que agregar los testimonios igualmente tangibles que prueban el desarrollo del comercio mediante el intercambio de productos naturales de ciertas regiones o de cierta clase de manufacturas. Sólo así se explica la presencia entre los restos más antiguos de la costa, de productos propios de las regiones interandina y florestal, y así mismo en los estratos más profundos de Chavin, en la hoya del Marañón, de productos marinos, y esto explica, por último, el desarrollo de las vías de comunicación extendidas por todo el territorio, no sólo longitudinales, sino transversales o de penetración.

Las huellas dejadas por el Gobierno inkaico son perfectamente claras, y están de acuerdo con las informaciones de los testigos presenciales de la caída del imperio, y con las tradiciones transmitidas por los propios indios.

En los establecimientos inkaicos es posible ya identificar sus principales edificios: la casa del Gobierno, el templo del Sol, los talleres de Mamaconas; y la tradición ha conservado aún los nombres de los funcionarios de la administración pública inkaica, de aquellos encargados de vigilar el laboreo de las minas, el labrado de turquesas y otras piedras preciosas, la extracción de tierras colorantes, de tintes vegetales, de la fabricación de telas bastas, de ojotas, etc.; los encargados de vigilar a los guardianes del Templo, los almacenes o depósitos, a los cultivadores de la coca, la preparación de la llipta, el cuidado de los puentes y caminos, a los cargadores de las andas del Inka y de

los notables, y otras mil actividades de la administración de los Inkas. Es así como éstos emprendieron la ardua labor de fusionar las diferentes naciones incorporadas a su dominio, de mantener el equilibrio entre la producción y el capital humano, y la unidad de la lengua; en suma, de echar las bases de una gran confederación de naciones, de raza, de lengua, religión, cultura y gobierno uniformes.

Esta era la condición social del Imperio cuando llegaron los españoles. ¿Cómo explicar entonces su caída?

VIII

LA CAÍDA DEL IMPERIO DE LOS INKAS

El lunes 23 de marzo de 1534, Francisco Pizarro acompañado de Vicente Valverde y de los españoles que se hallaban entonces en el Cuzco, se dirigió a la plaza mayor de Wakay Pata para tomar posesión oficial, mediante una ceremonia pública de la gran Metrópoli del Imperio Tawantinsuyo.

Pocos días antes Pizarro había hecho levantar en el centro de la plaza una Picota sobre una peana edificada con las primeras piedras derrumbadas de los edificios inkaicos.

La plaza estaba llena de indios, azorados y atemorizados ante las sucesión de tantos y tan extraños espectáculos producidos desde la llegada de los españoles.

Pizarro ascendió ceremoniosamente las gradas de la peana, y ante el asombro de todos, "sacó un puñal y labró algo de las dichas gradas y cortó un nudo de madera de la dicha Picota, e hizo todas las diligencias de fundación de la ciudad que dijo que era obligado a hacer, y puso por nombre a dicho pueblo: *la muy noble y gran ciudad del Cuzco*".

Esta ceremonia realizada en tan solemne acto público tiene especial importancia histórica.

Nada puede simbolizar mejor el carácter de la civilización del Conquistador como el puñal; ni nada puede simbolizar mejor el carácter de la civilización del Indio como la piedra. Y el acto mismo de cortar un nudo de la madera de la Picota y herir la piedra ¿no es acaso el mejor símbolo de la suerte trágica del Indio y de su Civilización?

El Conquistador representa la civilización del hierro y de la pólvora. El Indio representa la civilización del oro y de la piedra.

El primero estaba en posición mucho más ventajosa que el segundo en las artes de la Guerra o de matar a los hombres. El segundo estaba en posición mucho más ventajosa que el primero en las artes de asegurar la Paz entre los hombres.

La honda y la porra no podían competir con la espada y el cañón.

El oro y los grandes recursos económicos del Indio, eflorecencias de las artes de la paz—motivo principal de la codicia de los aventureros españoles—, podían ser conseguidos fácilmente gracias al poderoso auxilio del acero y de la pólvora.

Los peruanos fueron conquistados no como se cree generalmente, por la inferioridad de su raza o de su civilización; sino, precisamente, por la superioridad de su civilización. Los pueblos salvajes son difícilmente conquistados.

Sólo una gran Nación como la del Tawantin Suyu, que poseía enormes tesoros acumulados por muchas generaciones, grandes vías de comunicación, tambos o almacenes de ropas y de víveres repartidos por todo su vasto territorio, industrias y artes florecientes, y una población de más de diez millones de habitantes, sabiamente organizados a base de orden, trabajo y cooperación, pudo despertar la ambición y la codicia, el esfuerzo desmedido y hasta el sacrificio heroico de los hombres de la Conquista.

La actitud de Pizarro—aparentemente baladí—de romper la piedra labrada de los Inkas y de cortar un nudo de la picota, revela claramente el espíritu de la Conquista.

Frente a las grandiosas obras de los indios y de sus valiosas riquezas era necesario afanarse por asegurar la posesión definitiva de dichas riquezas y el dominio absoluto de la raza que las creó. Este dominio y esta posesión de riquezas se logró gracias a la espada y a la pólvora.

La historia del Descubrimiento y de la Conquista no es en rigor, sino la historia de la explotación de la raza peruana y de las riquezas acumuladas por ella.

El espíritu que impera en la obra inkaica, en las gigantes obras de la Metrópoli cuzqueña, es el espíritu de la piedra. La piedra es símbolo y testimonio del genio de la raza, de su austeridad, de su labor silenciosa y perseverante, de su esfuerzo incansable y resistente, de su habilidad especializada en las artes y de su poder de organización cooperativa.

El genio de la raza indígena tuvo su más alto exponente en la vieja ciudad del Cuzco. El Cuzco no sólo fué la ciudad de la piedra, sino fué la ciudad del oro, y el cerebro y corazón de la raza peruana.

El Imperio de los Inkas era grande no sólo por sus diez millones de habitantes, por su extensión territorial que ocupaba casi la mitad de Sud América, sino por su admirable organización política, por su gran potencia económica, por su unidad de lenguas, de religión, y, en suma, por el progreso alcanzado en sus artes, comercio e industrias.

El Perú fué vencido y conquistado nó porque fuera un pueblo bárbaro, sino porque era una Nación civilizada y próspera.

JULIO C. TELLO.